

Cuando leí la Escritura de hoy, la pregunta que se me ocurrió fue, “¿Qué puede satisfacer el hambre del corazón humano?” Y pensé, En todas partes alguien parece tener una respuesta. Constantemente, las ofertas y seducciones que prometen satisfacer todas necesidades y nuestros deseos bombardean nuestros ojos y oídos. Pero en vez de satisfacer nuestras necesidades y nuestros deseos, parecen incrementar nuestra hambre más que satisfacerlo. Es verdad que no todo el que desea riqueza se consume por esto, por supuesto, pero hay muchos ejemplos de la gente que ha destruido a otros y que se han destruido sí mismos a causa del deseo por dinero. Hace unos años Bernie Madoff, un hombre en la ciudad de Nueva York, fue sentenciado por ciento cincuenta años en la prisión porque estafó a miles de los inversionistas por billones de dólares. La gente de Iowa no tiende pensar que tal gente vive aquí en Iowa; a menudo se dice que la gente de Iowa es la gente honesta y trabajadora. Pero solo el mes pasado en Cedar Falls, Iowa, Russell Wasendorf fue detenido porque fue acusado de estafar más que setecientos inversionistas por ciento noventa y cuatro millones de dólares. Se dice que la codicia es una de las causas, no sólo de nuestra crisis económica nacional, sino también de la crisis económica internacional.

No todo el que desea escaparse de los problemas de la vida o el que desea el placer se consume por sus deseos, por supuesto, pero hay muchos ejemplos de gente que ha sido consumida. El alcohol no es en sí mismo nocivo, pero tengo tíos y primos de quienes el deseo por el alcohol casi los destruyó. Uno de mis primos hermanos murió una muerte horrible cuando él tenía cincuenta y nueve años de edad porque destruyó a su cuerpo con alcohol. El acto sexual, dentro del matrimonio por supuesto, es santificado por Cristo mismo. Pero muchas personas se han destruido a sí mismas y sus familias porque no lo hicieron, o no podían, controlar sus deseos sexuales. El alcohol, las drogas, y el acto sexual—todos pueden contribuir a la autodestrucción de una persona. Todas estas cosas—alcohol, drogas, actos sexuales—pueden incrementar nuestra hambre más que satisfacerla.

Cuando pensé en varias hambres, pensé en un hombre que vivió hace muchos años pero, a quien, por sus escrituras, se hizo mi mentor y me guía en la Iglesia Católica—Agustín, Obispo de Hipona en África. Por su experiencia dura aprendió el único modo de

satisfacer el hambre del corazón humano. Aunque se crió como católico por su devota madre, dejó la fe cuando era joven y se hizo promiscuo. Todavía joven, comenzó a vivir con una joven, y ellos tuvieron un bebé. Él se hizo miembro devoto de la religión de los Maniqueos. Él tenía treinta años cuando volvió a la fe católica a causa de la influencia de su piadosa madre, la influencia de uno de sus buenos amigos, y el predicando del obispo Ambrosio de Milán.

¿Qué puede satisfacer el hambre del corazón humano? ¿Qué dará una persona a cambio de su salud, o como Jesús preguntaba a la gente en el Evangelio de san Mateo, «¿Qué dará para rescatarse a sí mismo [o su vida o su alma]?»* (san Mateo 15:26). ¿A qué nos entregamos a cambio de nuestro bienestar, el bienestar de nuestra familia, y el bienestar del Cuerpo de Cristo, La Iglesia? ¡Ay de mí! la respuesta a esa pregunta es, «Muchas cosas». Y muchas de ellas nos llevaron a dolor y sufrimiento y pesares y hasta la muerte.

San Agustín, como ahora lo conocemos, sabía bien de estos deseos y tentaciones, y ahora él es uno de los doctores de la Iglesia. Sin embargo, como uno de los vicarios de nuestro arquidiócesis nos dijo a nosotros diáconos y nuestras esposas, «Mucha gente cree que, aunque fue un gran santo, nunca Agustín podía superar el sentido de culpa para la vida que vivió durante los primeros treinta años de su vida». Pero claramente él conoció lo que satisface el deseo del corazón humano, y comenzó su libro *Confesiones* con estas palabras a Dios: «Tu nos has hecho para ti, y nuestros corazones están agitados hasta que descansen en ti». Por experiencia dura Agustín consiguió el entendimiento que Jesús nos enseña en nuestro Evangelio de hoy: «Jesús. . . contestó [a la gente]: «Yo soy el pan de vida. El que viene a mí no tendrá hambre y el que cree en mí nunca tendrá sed»». Que Dios nos conceda la sabiduría y la voluntad y la fortaleza volvernó a él para satisfacer nuestra hambre.

*La palabra griega usada aquí puede ser traducida como «vida», «aliento», «personalidad consciente», o como es traducida tradicionalmente, «alma».